

Defensa y salvaguarda de las artesanías tradicionales y populares.

Formas de cooperación para esta defensa

por Gerardo Martínez Espinosa

Como parte del permanente reencuentro de España y América, este Seminario en Galicia para echar una mirada al mundo artesanal, es oportunidad grata de reflexión sobre un tema maravilloso y terriblemente inquietante, sobre todo cuando sentimos que somos también partícipes de la responsabilidad de supervivencia.

Intuitivamente realizada, no de otra índole fue la tarea formidable del español común y corriente del siglo XV que llega con su carga cultural y tecnológica a comarcas para él inéditas, salvajes unas, admirablemente civilizadas otras, pero todas con una dimensión histórica y emocional difícil de asimilar al primer intento.

Si el descubrimiento de América como realidad europea tiene fecha fija y conocida, es acontecimiento recíproco aún no determinado. Día a día vemos el espíritu de España en el lenguaje arcaico de los campesinos americanos, en costumbres, refranes y actitudes mentales de la gente corriente de América y cada día España y Europa modifican su visión telúrica al influjo no siempre notorio aunque igualmente trascendente del nuevo mundo.

En el campo de la cultura popular esta aseveración cobra más fuerza aún. Y en esta Galicia que siempre ha sido paridora de emigrantes, la frontera está al otro lado del mar, en la ribera indiana que poblaron tantos gallegos y cuyas ondas de reflujos vibran en sus mismas playas.

En esta Galicia de artesanías, de cerámica de Bonxe y Mondoñedo, de Niñodaúa, de Buño, donde la «viradeira» da vuelta a la tortilla de patatas, la papa americana, en esta comarca en la que aún se ven la telas de confite que destacan la recia y retorcida textura de sus nudos; en esta región de encajes de La Coruña; en estos pueblos de cestería; en estos senderos de romería donde asoman los sanandreses de pan coloreado que a veces traen la presencia del que «non foi de vivo» porque seguramente se marchó a las Indias; en este finis-terrae de España y otero de América, el Seminario Iberoamericano de Cooperación en Artesanía cobra una fuerza profunda de contactos antiguos y nostalgias, más dulces sin duda cuando se llaman morriñas, de gente que posee un alma en común y, quiera Dios, un alto y común destino.

El mundo de las artes populares

Con buen juicio, el lenguaje popular habla de las Américas así en plural. Podríamos decir, por cierto, que son innúmeras en más de un sentido y, concretamente, en las artesanías.

En el quehacer artesanal del nuevo mundo no se puede decir si la cepa es americana y europeo el injerto o lo contrario. Lo más seguro es que hubo unos y otros ca-

sos con realimentaciones sucesivas.

Ciertas corrientes agresivamente indigenistas sobre todo en el primer tercio de siglo quisieron descubrir en el arte popular en las artesanías un bastión de resistencia inmovible al invasor y una persistencia cultural autóctona en los pueblos de mestizaje.

Igualmente parciales, otros miraban las artesanías americanas a partir de 1492, como patrones culturales del Viejo Continente impuestos a sangre y fuego y que persisten merced a la degradación sistemática del habitante de América. Todavía se escapan frases condenatorias para quienes avasallaron a los antepasados de las actuales gentes americanas de quienes se dice que quebraron de raíz una civilización que surgía brillante y edénica —la imagen del «buen salvaje» de por medio— superior a la impuesta por conquistadores, civilizadores y misioneros. Resultaría igualmente equivocado ver a la América primogenia con la óptica contraria.

Cuando menor es México, Centroamérica y el vasto territorio que luego fue el «Cahuantisuyo», los logros técnicos y la organización estatal —por muy rígida que hubiera sido— apareció efectiva y poderosa.

No hace falta la imagen del «buen salvaje» aludido y creo más bien que sobra para saber que América tuvo mucho que decir aunque sus mejores voces fuesen ahogadas en gran parte por la contienda.

El actual mundo de las artesanías no es americano primitivo ni europeo. Es un mundo mezclado de propias realizaciones polifacéticas y polícromo, en el que se funden sin esfuerzo los diseños culturales y habilidades técnicas adaptaciones a materiales y usos y una constante reelaboración de quienes, a cualquier lado del mar, supieron dominar con eficacia el medio y responder al reto de su hora.

De cualquier modo, hay que admitir que antes de la invención de las máquinas, el artesano produce la primera evolución técnica en América con la introducción de la rueda, el torno y las herramientas de hierro.

Por supuesto, es de todos sabido que allí hubo otros procesos artesanales de igual validez que los españoles y tan sorprendentes como la metalurgia del oro y, el platino o el recubrimiento microscópico de oro en piezas de cobre por medio del carlor y el golpe, y otras artesanías que afloran en las tolas y monumentos funerarios y que en su hora llamaron la atención a Alberto Durero que examinó entusiasmado unas piezas de orfebrería americana que llegaron al César Carlos. Fue una verdadera lástima que el enriquecimiento no fuese recíproco por la brecha creada por los agentes activos y pasivos de la conquista y la colonia, atados a concepciones culturales, sociales y psicológicas de su época. Aunque

sobreviven, sin embargo, paralelas, más o menos influenciadas por otras aportaciones pero de manera que hacen de América un continente artesano.

Todo lo dicho hasta aquí y todo lo que luego se diga en este ensayo pierde exactitud en cuanto se generaliza. Sin embargo, hay que hacerlo, dejando a salvo las artesanías cualificadas como «primitivas» o indígenas que persisten actualmente junto a las populares, de múltiples aportaciones e influencias.

Mientras en casi todos los países europeos y en algunos americanos las artesanías han devenido en piezas de adorno y museo, en otros, que son los más en el Nuevo Continente, se hallan presentes y, más aún, resultan indispensables en la vida diaria de los pueblos.

En cada hora del día, en cada quehacer doméstico y social, religioso, laboral o lúdico tiene la artesanía y en general el arte popular, participación plena.

El vestido popular está en la calle; la casa y los muebles y enseres obedecen a patrones prescritos por uso de siglos. Especialmente en México, Guatemala, Colombia, Ecuador, Perú y Bolivia se incluyen en este cuadro que también comprende comunidades rurales y aún regiones enteras de países centroamericanos y de Panamá, Venezuela, Brasil, Argentina, Chile, Paraguay. Aún en los restantes como Costa Rica, República Dominicana y Uruguay se presentan casos aunque sólo fuesen de excepción.

Ahora bien, este cuadro, entusiasta y simple o simplificador encubre realidades más profundas y menos gratas.

¿Cuántas artesanías populares persisten por su propia capacidad de satisfacer auténticas necesidades de los pueblos?

¿Cuántas se mantienen como vigorosas representaciones de la cultura popular que identifica a la comunidad?

¿Cuántas se han modificado por nuevos patrones culturales que los medios de comunicación masiva o la economía de importación acarrearán?

¿Cuántas degeneran o desaparecen por políticas equivocadas sobre todo cuando esas políticas globalizan un solo aspecto del problema, como el de la comercialización, por ejemplo, y se esfuerzan en vender, no artesanías, sino objetos trabajados a mano «a como dé lugar» para usar una horrible frase de boga?

¿Cuántas, por último, representan un medio de vida y de trabajo decente y honestamente remunerado y comprendido por la sociedad?

El panorama es complejo y vemos en América, sin que desconozcamos que lo mismo puede ocurrir en otras partes, algunas artesanías que satisfacen auténticos requerimientos de vestido, hogar, trabajo, alimentación, esparcimiento y religión de una comunidad, con caracteres marcados y tradicionales, sujetos a patrones de belleza, funcionalidad y utilidad.

Esas mismas artesanías, con modificaciones de poca monta sirven quizá a personas ajenas al mundo cultural y económico que las produce, para usos que escapan a la funcionalidad e intención iniciales pero que en todo caso tienen validez.

Hasta aquí la técnica y la belleza tradicionales decantadas por los siglos funcionan bien. Pero encontramos programas de gobiernos e instituciones públicas y privadas que hacen de las artesanías o, repetimos, de los

objetos trabajados a mano, que no es lo mismo, panacea de males sociales como la desocupación, el éxodo campesino o las desviaciones de conducta social sin tomar en cuenta que podrían ser esos programas el remedio anhelado si antecudiesen investigación y reflexión, talleres de diseño y creatividad y, en pocas palabras, si se tuviese el concurso interdisciplinario de los conocedores del problema artesanal junto a los conocedores del problema social.

Es evidente la conspiración de las facilidades de comunicación masiva contra las artesanías tradicionales. Con muy escaso contacto con las realidades nacionales, los programas de televisión y las frívolas, pero impactantes reseñas de las revistas de moda, lo que trae el viajero entusiasmado por lo exótico y lo que pide el turista de escasa cultura, son algunos elementos degradadores de las artesanías tradicionales como lo son las nuevas necesidades creadas por los medios de comunicación de masa o la propaganda de festividades, costumbres, etc. que se implantan en nuestros países para justificar la presencia de nuevos elementos cuya comercialización de pronto se vuelve compulsiva.

Recuerdos o «curious», las artesanías llamadas aeropuerto proceden, casi siempre, de pseudo-artesanos tradicionales o son parte de un problema más agudo y vasto.

El artesano tradicional no puede escapar a estas influencias. Sin embargo, es tan vigorosa la impronta del arte popular tradicional que todavía hay artesanías que han resistido todo intento de mistificación o degradación.

Junto a ellas hay también, aunque pertenezca a otras motivaciones, la creación plástica basada en técnicas y conceptos tradicionales pero que tienen su origen inmediato en la actividad de gente sensible y de conocimiento que toma en cuenta las solicitudes del mercado y enriquecen y amplían el mundo artesanal con objetos que, a lo mejor, se incorporan totalmente al ámbito de las artesanías tradicionales con el decorrer del tiempo.

El Taller artesanal en América

Muchos quieren ver en los talleres artesanales un sistema de producción caduco, antieconómico y condenado a la desaparición. Los afanes industrialistas que adoptaron con alegre entusiasmo los países americanos, como todos los del tercer mundo, para sustituir importaciones y lograr cuando menos una autarquía aunque fuese aparente, relegaron la producción artesanal a posiciones de pauperismo e inminente desaparición.

Estos afanes afloraron en muchos sistemas legislativos y administrativos de los países de América. La carta política fundamental o constitución, en buena parte de esos países, ignora el quehacer artesanal. La legislación lo confirma más bien a tareas organizativas de los artesanos, que en algunas partes, se han constituido en simples órganos burocráticos.

En lo administrativo, las artesanías se adscriben a los departamentos de pequeñas industrias o de otras actividades convirtiendo conceptual y procesalmente al artesano en un individuo de segunda clase destinado a redimirse si accede a subir en la escala económica y social que lo convierte en un obrero o en industrial.

Los préstamos destinados a los artesanos permanecen inactivos por el trámite bancario sujeto a patrones rígidos que calibran a los sujetos de crédito y especifican las garantías e instancias de manera que el artesano queda fuera del sistema crediticio.

Los insumos, como la moderna jerga cataloga a los

materiales de producción, y las herramientas y pequeñas máquinas coadyuvadoras del trabajo manual, se hallan fuera del alcance económico de los artesanos. La misma vocación del comercio para satisfacer demandas masivas ha restringido el suministro de materias primas, herramientas y máquinas que ellos requieren en su labor.

La escasa demanda de muchas artesanías por la modificación de hábitos ancestrales obliga a la desertión de maestros y oficiales que tratan de hallar otras ocupaciones mejor remuneradas y de mayor porvenir.

Vemos con pena que se ha roto la secuencia tradicional del taller familiar con el que hijos y otros oficiales —en cierto sentido miembros también de la familia— aprendían el oficio en toda su extensión y, lo más importante, en toda su profundidad.

La ignorancia de sistemas de organización y de contabilidad especialmente en cuanto se refiere a costes de producción obligan al abandono, de los oficios que no dan para vivir en esta hora de procesos inflacionarios y de irregular dinámica del mercado.

El desarraigo de los campesinos que son artesanos cuando menos a tiempo parcial, trae como consecuencia automática el abandono de sus trabajos y habilidades que en la urbe no encuentran la posibilidad de producir objetos adecuados para consumidores similares a los de su medio.

Esta es una cara de la medalla; la otra, sin ponernos románticos o superficiales, es la que nos muestra el impacto permanente del quehacer artesanal en el mundo cultural, social y económico de un país.

El arte popular es la manifestación de una cultura viva y espontánea. El hombre la hereda, acepta y transmite en nuestros pueblos sin dificultad, que adviene precisamente cuando se rompe este proceso aunque admitimos que ocurre este fenómeno cada vez más profunda y frecuentemente.

A pesar de la enorme importancia de este enunciado es, sin embargo, la significación social y económica de las artesanías la que debe ser principal motivación de nuestras inquietudes y reflexiones.

En los pueblos de América hay millones de personas que dependen de las artesanías como productores y como usuarios. No queremos citar cifras porque las estadísticas, ordinariamente hechas con otros propósitos, no nos servirían de mucho ni modificarían el problema. El monto de la producción artesanal, el contenido elevado de mano de obra agregada, la integración de la producción artesanal y las materias primas locales; la ocupación de clases marginadas o semimarginadas y los sistemas de distribución y venta que obedecen a patrones socialmente satisfactorios cuando no intervienen los intermediarios, voraces e ignorantes, son algunas de las características positivas que debemos recordar.

Por lo mismo, es nuestra responsabilidad y es responsabilidad de muchos la defensa de las artesanías. No será tarea fácil pero tampoco constituirá una lucha imposible ni tendrá que detenerse para ello la historia ni se torcerán los rumbos de justicia social y apertura económica que busca niveles humanos para todos los habitantes de un país, para todos los ciudadanos de una nación.

La defensa de las artesanías

En lugar de buscar innovaciones en el tema, creemos más interesante referirnos a un plan que tiene ya su propia historia y sus propias aunque limitadas realiza-

ciones. Muchos habrá que concuerden o se aproximen a los planteamientos que originaron el establecimiento del Centro Interamericano de Artesanías y Artes Populares (1).

La Carta Interamericana de las Artesanías aprobada por un grupo de expertos en 1973 durante una reunión celebrada en la ciudad de México se constituyó en un conjunto de recomendaciones que han servido de normas al Centro de Artesanías y Artes Populares en su propósito de investigar, rescatar, fomentar y desarrollar las artesanías tradicionales.

En el acuerdo constitutivo se señalan los objetivos del Centro y las bases para su cumplimiento. Durante ocho años, el Centro ha desarrollado su acción. Ha investigado la cultura popular y especialmente las artesanías en proceso de extinción o que son fundamentales para el desenvolvimiento de las comunidades. Ha mantenido cursos de capacitación para administradores de las políticas artesanales de los estados miembros de la OEA para artesanos artífices y para diseñadores. Ha promovido la integración de la cultura popular y la educación y ha desarrollado proyectos de promoción de comunidades artesanales con talleres de información y creatividad, recuperación de tintes naturales y diversificación en el uso de textiles tradicionales. Ha publicado varios libros y folletos y mantiene una revista titulada *Artesanías de América*. Ha prestado asistencia técnica a un gobierno para la mejor organización y coordinación de los artesanos y otras entidades en otros campos afines.

La experiencia del CIDAP, sin que la consideremos única, completa o totalmente eficaz y acertada, se halla a disposición de todos los participantes en este Seminario.

Basados en esa experiencia y en los programas realizados nos permitimos presentar algunas consideraciones sobre los mecanismos de cooperación en la defensa de las artesanías tradicionales.

La cultura popular y la educación

Si entendemos, en forma muy general, la educación como «la suma total de procesos por medio de los cuales una comunidad o grupo social, grande o pequeño, trasmite sus poderes y fines adquiridos a objeto de asegurar su propia existencia y desarrollo continuo» (Rivlin, Schueler) podemos dar una respuesta adecuada a la relación entre la cultura popular y la educación, en especial a la educación formal.

Consideramos la cultura popular como un complejo sistema de respuestas a determinadas circunstancias vitales, la cultura popular surge y se desarrolla en forma nada arbitraria; no existe y está presente porque sí, ni siquiera porque más allá pudiese estar una voluntad general que decida su presencia. Nuestra concepción de la cultura popular la ve como algo vital, tradicional y cambiante a la vez, no estática, sino siempre en transformación de acuerdo con los cambios de las propias relaciones sociales. Entender la cultura popular de esta manera es aceptar que la sociedad se reproduce y robustece por la transmisión y comprensión de sus propios valores, que se hace cada vez más coherente y fuerte si acepta los propios mecanismos armónicos que mantienen su equilibrio.

Si recordamos que la educación intenta asegurar la existencia de la sociedad y su desarrollo continuo, resulta evidente que la cultura popular ha sido tradicionalmente el mecanismo educativo más adecuado.

En las comunidades hispanoamericanas que intentan no perder la relación de cara a cara, de persona a perso-

na, a despecho de las afirmaciones fatalistas que la califican de una relación «arcaica» necesariamente superable, la cultura popular ha sido transmitida de padres a hijos, de abuelos a nietos de grupos de expertos a neófitos, de la sociedad entera a grupos que se incorporan en su funcionamiento. La cultura popular ha logrado con su vigencia, ahora amenazada, la armonía en las relaciones, la identidad frente al grupo social y que la persona se sintiese, en definitiva, un ser individual pero identificado con la sociedad de la que forma parte, sin violencia ni choque.

¿Cómo plantearnos la relación entre la educación formal y la cultura popular y cómo puede esta relación convertirse en un mecanismo de defensa de las artesanías?

Los mecanismos de la educación formal que se aplican en la escuela y en la enseñanza media, en especial, parecen en una primera impresión oponerse a los conceptos de la cultura popular.

Si ésta es local aquélla es universal, si ésta emplea el contacto social como principal elemento educativo aquélla aísla al alumno de su medio, si ésta transmite los conocimientos acumulados en el grupo social durante largo tiempo, aquélla considera que son los conocimientos universales los que deben transmitir.

Esta oposición enunciada brevemente, en la que no hemos mencionado los métodos de enseñanza que son también radicalmente distintos, ha determinado que en la mayor parte de los países hispanoamericanos, en los que la cultura popular es la base fundamental de la cultura, la educación formal lejos de colaborar para asegurar «la existencia de la sociedad y su desarrollo continuo» ha establecido una brecha entre la escuela y la comunidad, entre las aulas y las calles. En algunos lugares los padres o los abuelos han debido trabajar muy fuertemente para superar esta diferencia, en otros han visto que los niños y jóvenes han perdido el interés en el pueblo y el contacto con su propia realidad.

Cuando la tarea de la escuela se combina con la tarea subterránea de los medios de comunicación de masas la situación es enormemente más compleja. Entonces si se intentan introducir elementos arbitrarios de una cultura «universal» que no plantean a Mozart sino a Michel Jackson, que no enseña a ser como el Cid sino como un «urban Cowboy», que no transmiten el mundo azteca sino el pegajoso submundo del tic tac toc electrónico.

¿Puede la cultura popular mantener su condición de elemento decisivo de identificación frente a la fuerza de lo que viene de fuera?

Creemos que la incorporación de la cultura popular en la educación formal y, desde otra perspectiva, en los medios de comunicación de masas, es uno de los caminos para mantener la identidad y la armonía dentro de las comunidades. De otra manera los nuevos individuos que deberían incorporarse a la sociedad para mantenerla o para cambiarla si fuese necesario aquellos que deberían aportar con su creatividad, con su arrojo y frescura, se convierten en apátridas en su pueblo, en seres transplantados que ni entienden ni les importa lo que a su alrededor sucede.

Es necesario que el profesor comprenda la tarea fundamental de la educación y por medio de ella relacione al niño y al joven con su mundo real, un mundo que está vivo y a la espera en las múltiples relaciones, manifestaciones de la cultura popular: en las artesanías tradicionales, en las fiestas religiosas, en los cuentos y leyendas, en los juegos y los dichos en fin, simplemente, al otro lado de las paredes de la escuela y que se puede ver por sus ventanas.

Se han hecho esfuerzos por convertir lo que es la cultura popular en parte de la clase, por incorporar ese mundo vivo de la educación formal. Tal vez éste sea el camino definitivo para encontrar nuestra propia identificación y, a esto se referirá otra parte del Seminario.

Hemos traído estas reflexiones porque consideramos que la integración de la cultura popular y la educación es además uno de los más eficaces medios para la defensa de la artesanía.

Queremos que nuestros pueblos estén formados por quienes amen y respeten lo suyo, que se conviertan en usufructuarios gozosos de sus artesanías, que comprendan y sientan la cultura popular como algo profundamente personal.

De esta manera, para no citar sino una consecuencia, propenderemos a asegurar la elaboración, adquisición y uso de las artesanías populares y a incorporarlas al acervo cultural permanente de cada uno de los integrantes de una sociedad.

La situación del artesano en la sociedad contemporánea

No quisiéramos fundamentar decisiones o recomendaciones en nuestro criterio únicamente cuando hay de por medio el porvenir de los demás, en este caso, de los propios artesanos.

Dentro del año internacional de las artesanías celebrado en 1982, se reunieron en San José de Costa Rica representantes elegidos por los maestros artífices de los diversos países del Continente, para examinar la situación del artesano en la sociedad contemporánea.

Es necesario quitarnos la idea romántica que tenemos de nosotros mismos, dijeron de sí los artesanos. Claro está que guardamos la tradición y representamos una cultura a la que amamos añadieron— pero objetivamente trabajamos no sólo por esta motivación sino fundamentalmente para vivir, para satisfacer nuestras necesidades vitales.

Agregaron los siguientes conceptos, que los recogemos en versión abreviada:

Los artesanos no somos una clase social pero nos inscribimos dentro de varias de ellas. Gran parte de la sociedad actual tiende a ser asalariada y se inscribe dentro del binomio patrón-obrero en busca de la comercialización de sus mercancías. La diferencia reside en lo subjetivo que cada mercancía refleja: su contenido y significado cultural.

Recomendamos los artesanos al tratar el tema señalado, aparte de los criterios que expresaron en torno a otros lo siguiente, en síntesis:

Considerar al artesano como elemento productivo y positivo dentro de la sociedad. El artesano al producir su obra se realiza como ser humano a la vez que logra bienes de subsistencia. Reconocen que la artesanía, con valores locales auténticos, a más de generar una forma de vida, ayuda a apreciar los valores locales tradicionales.

En esa reunión los artesanos fueron informados por los expertos participantes, entre otras cosas, de que la exportación de artesanías latinoamericanas ha mostrado un gran dinamismo a partir de mediados de la década del 60; que es necesario considerar en este campo que las artesanías no son un grupo homogéneo de productos sino una gama de artículos diferentes a los cua-

medio de la OEA, Naciones Unidas y UNESCO, para establecer los órganos adecuados que se encargarían de la conservación y fomento específicos del arte popular americano, resolución que fue aprobada por unanimidad.

En 1965, el gobierno de México, con la colaboración de la UNESCO y otros organismos, se hizo cargo del Primer Seminario Interamericano de Artesanías, cuyas resoluciones y recomendaciones señalan entre otras, la urgencia de establecer un órgano ad hoc, encargado de la conservación y fomento del arte popular y las artesanías, resoluciones que fueron entregadas a los países americanos a través del Gobierno de México y la UNESCO.

En abril de 1967, la Declaración de Presidentes de América encomienda a los órganos competentes de la OEA: «crear o ampliar los servicios de extensión y conservación del patrimonio cultural y estimular la actividad intelectual y artística en los países americanos...»

El Consejo Interamericano cultural, en la reunión celebrada en Puerto España (Trinidad y Tobago) en junio de 1969, estableció y aprobó el Programa Regional de Desarrollo Cultural, señalando entre otros, los objetivos que se refieren a un «mejor aprovechamiento de los recursos folklóricos de los Estados Miembros en la diversidad de sus manifestaciones y posibilidades, como afirmación de la nacionalidad, como instrumento que facilite la integración regional, como elemento de promo-

ción turística y como factor de producción al servicio de la pequeña industria artesanal».

Los conceptos fundamentales sobre estas manifestaciones de la cultura cobran unidad y sistematización en la Carta Interamericana de las Artesanías y las Artes Populares que prepararon expertos reunidos en México durante el mes de junio de 1973, por recomendación del Comité Interamericano de la Cultura (CIDECC). Esta carta, aprobada por la Comisión Ejecutiva Permanente para la Educación, la Ciencia y la Cultura (CEPCIECC) contiene un programa de defensa y promoción de las artesanías y las artes populares en los niveles nacional y multinacional.

Como el Gobierno del Ecuador demostró su interés en la sede el organismo que debía establecerse para la ejecución de las resoluciones de los órganos competentes de la OEA, se consideró esta petición en la VIII reunión del CIDECC, celebrada en las ciudades de Quito y Cuenca (Ecuador), aprobándose en mayo de 1974.

En la IX reunión del CEP-CIECC celebrada en Washington en junio de 1974, se aprobó la recomendación del CIDECC.

El Gobierno del Ecuador por decreto presidencial 1.149 del 3 de Noviembre de 1974 señala a la ciudad de Cuenca como la sede de este organismo.

El 26 de mayo de 1975 se celebra en Cuenca el Acuerdo para el establecimiento del Centro Interamericano de Artesanías y Artes Populares, (CIDAP).



les debe corresponder un canal comercial distinto; que no debe ofrecerse artesanía sino objetos específicos cuidando de no perjudicar su reputación especialmente en la calidad, diseño y tiempo de entrega.

Hubo otros temas como el desarrollo cultural y educativos del artesanado, su capacitación, la ecología y la artesanía, diseño, profesionalidad y calidad, gestión institucional para el desarrollo artesanal, etc.

Hemos traído estas informaciones a colación porque resulta de suma importancia oír los criterios de quienes viven y sienten en su carne propia los problemas que una adecuada cooperación podría ayudar a resolver.

Formas de Cooperación para la defensa de las artesanías tradicionales y populares

Aparentemente en forma desordenada y, por supuesto de ninguna manera exhaustiva, hemos examinado algunas facetas de las artesanías tradicionales que se desarrollan en los países iberoamericanos y en los que se completan esa denominación dentro de la escala más amplia de pueblos latinoamericanos.

Estamos seguros que uno de los propósitos que animaron a los auspiciadores de este Seminario —y que merecen por ello todo respeto y aplauso— es buscar los medios para mantener vigoroso el arte popular pese a la acometividad de la industrialización, la modificación de valores culturales y la presencia de nuevos factores en la vida social, hechos todos ellos nada desdeñables y que, por otra parte, nadie pretenderá detener.

Signo característico de la época actual y paradójicamente estimulante es el afán de cooperación de los pueblos y los hombres que se asientan en este planeta cada vez más pequeño y a veces más incómodo.

La cooperación, la acción conjunta, puede llevarnos a realizaciones satisfactorias, paradigmáticas, entrañables en este Seminario siempre que se eviten los entusiasmos deleznable y las movedizas arenas del pesimismo.

Deberíamos comenzar por una declaración de fe en el quehacer artesanal, fe en su presencia actual e histórica, fe en su porvenir. Pero es una fe condicionada a la existencia de sociedades más justas, dentro y fuera de sus fronteras patrias, en las que el hombre participe con más amplitud de los bienes espirituales y materiales de la tierra.

Si para lograrlo hay esfuerzos pequeños o grandes, entregas cordiales, responsabilidad y entusiasmo, adelantaremos mucho en la tarea.

Vemos en este campo de la cooperación la posibilidad de investigar más profundamente y en conjunto el mundo artesanal, con intercambio de conocimientos y métodos, con la ayuda de investigadores profesionales y calificados, para que se nos revele el arte popular en toda su esplendidez y amplitud.

Vemos que poca sabemos de las raíces de ese arte popular y que conviene examinar la etnohistoria de España en los siglos XVI, XVII y XVIII y el trasplante de realizaciones plásticas a América así como sus modificaciones y adaptaciones de cara a técnicas y conceptos indígenas del nuevo Continente.

Vemos que, de igual manera, nos falta un conocimiento más profundo de las artesanías americanas en los distintos estadios de la colonia y la vida republicana de sus países.

Vemos que conviene actualizar técnicas, herramien-

tas, sistemas de diseño, para que el trabajo artesanal se realice con igual calidad pero con menos esfuerzo.

Vemos que es indispensable que los propios artesanos conozcan el profundo significado de su labor y la de los demás y que la realicen mediante su capacitación técnica sin perjuicio del respeto y utilización de los valores plásticos y tecnológicos afirmados por el decurso del tiempo.

Vemos que el intercambio de experiencias humanas, preocupaciones, problemas y métodos del respectivo oficio, enriquecería a los artesanos iberoamericanos.

Faltan expertos curriculares, para la integración de la cultura popular y la educación formal y no formal; faltan experiencias esclarecedoras de esta integración que sirvan de laboratorio de ensayo y de intercambio de informaciones.

Falta un esfuerzo conjunto para publicar las investigaciones ya realizadas y las que deberán hacerse en el ámbito de las artesanías y el arte popular y en el más amplio de la cultura popular de nuestros países.

Conviene examinar en conjunto sistemas de comercialización interna e internacional que beneficien directamente a los artesanos y que de ninguna manera se conviertan en intermediarios que explotan a quienes trabajan y que degradan su obra con perjuicio cultural y económico para todos. Los aranceles, preferencias y concesiones mutuas para el comercio de artesanías han de propender a ampliar sus facilidades.

Urge utilizar en cooperación, en el ámbito público y especialmente en el educativo, los medios de comunicación de masas para informar y formar, para sensibilizar y promover todo lo relacionado con la cultura popular de Iberoamérica y, en el caso concreto, de sus artesanías y arte popular.

Es necesario obtener la coordinación de instituciones públicas y privadas y de los mismos gobiernos para la adopción de políticas artesanales que se basen en el enfoque multifacético de los problemas; la ejecución de programas coherentes; la consecución de créditos que vayan directamente al artesano al que se debe considerar apto como el que más para este tipo de operaciones financieras.

Ha de aprovecharse, sin duda, en este caso concreto la coyuntura de la próxima celebración del V Centenario del Descubrimiento de América para la acción conjunta y sistemática de España y los países americanos, con intercambio de conocimientos y experiencias, cooperación técnica, exposiciones itinerantes que promuevan el interés por las artesanías y que podrían tener su vértice en la participación del arte popular en la exposición universal de Sevilla programada para 1992 y en la cual se podría realizar un balance de planes y programas conjuntos.

Estamos seguros que la sapiencia de los distinguidos asistentes a este Seminario encontrará los medios más idóneos para cumplir el objeto que les congrega. Hemos deseado que estas palabras que simplemente traen la experiencia de una entidad iteramericana, sirvan como un memorandum para su trabajo que tiene los mejores vaticinios en el auspicio del ilustre Gobierno de España a través de su Ministerio de Industria y en el marco de esta Galicia que siendo profundamente española, ha sido también profundamente americana.

(1) En 1964, se celebró en la ciudad de Quito (Ecuador) el Quinto Congreso Indigenista Interamericano en el que la delegación de México propuso que se tomarán medidas, por inter-